

Oscar Oszlak

Oscar Oszlak

Investigador Superior del Conicet y CEDES-Area Política y Gestión Pública. Director de la Maestría en Administración Pública, Facultad de Ciencia Económicas, Universidad de Buenos Aires

¿Qué evaluación general puede realizar respecto de las características del Estado argentino a la salida de la dictadura y respecto de la influencia que estas características tuvieron en la primera etapa democrática abierta en 1983?

El gobierno de Alfonsín recibió un aparato estatal sobre-expandido, deforme e insalvablemente ineficiente. Debíó hacerse cargo de una máquina burocrática que no dejó de funcionar durante el traspaso, colocando en los puestos clave a funcionarios especializados en sus respectivos campos, pero que en su mayoría carecían de experiencia gerencial previa y, sobre todo, ignoraban las trampas internas de ese aparato, sus recovecos, sus aguantaderos de expedientes. Funcionarios que debieron realizar un duro aprendizaje, que requirió tiempo para conocer las rutinas y las reglas no escritas del peregrinaje burocrático.

Decididamente, los tiempos de la gestión resultaron mucho más extensos y exigentes que los imaginados durante los breves días que mediaron desde el triunfo electoral a la asunción del gobierno. El régimen militar entregó al nuevo gobierno democrático un aparato institucional sin memoria, con anaqueles y ficheros vacíos y con máquinas destruye-papel aún tibias por la intensa tarea trituradora de sus últimos días. Sin tiempo para pre-calentamiento, el gobierno recibió cerca de un millón de personas que conformaban la dotación de funcionarios públicos y esperaban nuevas órdenes, nuevas consignas, de parte de funcionarios políticos recelosos y desconfiados acerca de la lealtad y los valores democráticos de quienes serían sus futuros colaboradores. No eran las condiciones más auspiciosas para inaugurar un nuevo gobierno.

Es posible que la recuperación del diálogo y la confianza entre funcionarios políticos y permanentes, entre política y administración, haya sido el más difícil de los desafíos en esa primera etapa de la recuperación democrática. Algunos protagonistas de la época, como el gobernador Angeloz, suponían que la burocracia permanente había instalado aviesamente una verdadera trampa que, premeditadamente, detenía las más caras iniciativas del gobierno nacional. Pronto resultó claro, sin embargo, que no había trampas ni conspiraciones. Las trampas hubieran sido fácilmente removibles. El problema es que, en su lugar, había telarañas mucho más difíciles de desenredar y laberintos para los que no existían salidas fáciles.